



El país de la últimas cosas
o la enfermedad terminal de la Modernidad

Gustavo Martínez

Instituto de Profesores “Artigas” (I.P.A.)
Uruguay

Resumen:
Palabras clave:

Es mucho más que una novela de ciencia-ficción, aunque haya sido considerada así y tenga algún punto de contacto con esta modalidad. Si bien se puede suponer que transcurre en el futuro, nada indica que el resto del mundo donde se sitúa el país de las últimas cosas sea distinto del nuestro. Simplemente, es la versión degradada del mundo actual y funciona como un temible augurio de lo que podría sucederle (sucedernos). No sólo no hay seres extraterrestres (aunque este no es un componente imprescindible de la novela de ciencia-ficción), sino que no son necesarios porque el ser humano se ha vuelto la peor amenaza para sí mismo y está consumando la destrucción de su propia civilización: “La ciudad parece estar consumiéndose poco a poco, pero sin descanso, a pesar de que sigue aquí” (33). No hay enemigos exteriores porque el hombre es su propio enemigo. Es la propia dinámica interna del sistema la que lo lleva a su degradación.

Tampoco hay extrañas maquinarias futuristas porque en ese país, que podría ser el de todos (al menos, el de todos los habitantes del Primer Mundo y el de todos los que viven a su estilo), se ha perdido la capacidad creadora, como varias veces se dice en el texto. El enloquecido mecanismo de la sociedad de consumo parece haberse roto en ese mundo: en lugar de producir sin cesar nuevas cosas, estas desaparecen sin tregua. Al comenzar la novela, la peripecia (esa reversión de la suerte colectiva en este caso) ya ha ocurrido, pero no ha sido acompañada siquiera de una anagnórisis. Algo no ha cambiado en ese país: la enajenación continúa, sólo que ahora no es producto del consumismo, sino de la necesidad. En lugar del utilitarismo enajenado característico de la sociedad de consumo, encontramos lo que queda de él: el utilitarismo igualmente enajenado de la supervivencia. La insensibilidad y el egoísmo (con honrosas excepciones) también se mantienen. El mundo cambió; el ser humano, no. Lo único que ha pasado es que la miseria espiritual, disimulada habitualmente por el delirio consumista y sus espléndidos escaparates, se ha vuelto visible, se ha objetivado materialmente.

El país de las últimas cosas es la pesadilla y el castigo de la sociedad de consumo. Nada peor para la ahíta población del Primer Mundo que verse condenada a vivir como en el Tercer Mundo (aunque este ahora, con la desaparición del sistema comunista, haya “mejorado” su posición en el ranking y ascendido al segundo lugar). La sociedad de consumo no podía tener otro infierno que el del no consumo. Un infierno moderno, terrenal y carente de toda finalidad y trascendencia. Un infierno moderno que, coherentemente, hallará su expresión en una forma igualmente moderna (y postmoderna): no en una grandiosa epopeya trasmundana como la de Dante, sino en la mucho más modesta y antiheroica epístola-novela de una simple muchacha que, quizás, ni siquiera haya logrado retornar.

Por medio de su narradora, Auster nos adentra en un país fantasmal, habitado por los descendientes de los indiferentes de Dante que, a falta de bandera, siguen persiguiendo las cosas que antes podían sencillamente comprar y por las que ahora deben hurgar en la basura. Los consumidores han terminado en hurgadores, buscando lo que ahora precisan donde antes arrojaban aquello que, una vez agotada la compulsión del deseo inducido, les resultaba inútil. La falsa esencialidad de lo banal ha desembocado en la banal necesidad de lo esencial (para subsistir). Al igual que en la “Divina Comedia”, donde existía un vínculo simbólico entre el pecado y su castigo, en el infierno postmoderno de la Modernidad, que es el país de las últimas cosas, también lo hay: después de vivir en función de tantas cosas innecesarias, se peregrina, se lucha y se muere en pos de las imprescindibles. El exceso desenfrenado

ha engendrado la carencia. Si el país de las últimas cosas existe, es porque el mercado murió de indigestión.

Ni valores, ni ideales, ni afectos. Los habitantes del país de las últimas cosas son como sombras sin identidad ni perspectivas a largo plazo. Tampoco tienen futuro, porque han perdido el pasado. De allí que el presente sea una pura inmediatez sin trascendencia. Puesto que el hombre de la Modernidad tardía y el de la Postmodernidad han delegado su ser en las cosas, y su historia también, al punto de que esta ha terminado convirtiéndose en la mera distancia temporal entre una compra y otra, no es de extrañar que se hayan quedado vacíos y sin memoria. La pérdida de las cosas acarrea la del ser y, con él, la del sentido de la historia. El exceso enajenante de cosas primero y su falta después han ocasionado un déficit ontológico. Si no se tiene no se es ni se puede recordar quién era uno. El deambular constante al que se asiste a lo largo de la novela es uno de los tantos indicios de que se han perdido las raíces del ser. Sin los objetos para los que han vivido, los hombres no saben quiénes son, ni adónde ir ni qué hacer, como no sea, claro está, buscar las cosas que aún no han desaparecido.

Los “últimos tiempos” del cristianismo, con su promesa de redención y significación plenas, se han degradado en el sórdido tiempo de las últimas cosas, donde no hay ni el asomo de una esperanza en la inminente llegada de una figura mesiánica y apenas si el atisbo de una ilusión de fuga. La salvación radica en la huida, no ya en la fe, inexistente por otra parte en ese mundo, con la sola excepción tal vez de Isabel: “Ya sé que la gente no habla más de Dios, pero yo no puedo evitarlo; pienso en él todos los días, le rezo cada noche...” (Anagrama, 1996, pág. 62). Ya nada llega del exterior, salvo algún periodista que pronto desaparece o su hermana que apenas si sobrevive.

Por su parte, la promesa comunista de una sociedad sin clases ha quedado apenas en una sociedad sin cosas. Y, en cuanto al progreso incesante del capitalismo, que habría de traer por inercia, la felicidad humana, ha desembocado en mera y sintomática tecnología de la muerte: “La ciudad está totalmente rodeada por los crematorios” (28); sus calles son recorridas por los “camiones de la muerte” (29) y “los fecalistas” recogen los desperdicios con que funcionan las usinas de energía: “Aquí la mierda y la basura son bienes importantísimos y, con los recursos de carbón y petróleo descendiendo a niveles alarmantes, éstos son los que nos proveen de gran parte de la energía que aún somos capaces de producir” (42). En el país de las últimas cosas, en el país de la Modernidad última, el progreso se ha vuelto una postergación apenas del retroceso y el hombre un mísero yacimiento, un mero productor de mierda con que alimentar las usinas, esos vestigios de aquel progreso futuro que ya es pasado. Nada más simbólico: las desmesuradas ilusiones de progreso con que se nutrió el hombre occidental moderno han terminado en defecaciones, en heces con que mantiene activos los signos ya vacuos de ese mismo progreso que, en lugar de estar al servicio de lo humano, se alimenta de él. En el país de las últimas cosas ya no hay más materia prima que el hombre. Por eso está prohibido enterrar a los muertos (189) porque son necesarios para mantener funcionando las usinas. Por olvidarse de sí mismo, el ser humano ha terminado siendo víctima masiva de sí mismo. Y al enajenarse en las cosas acabó transformándose en la última cosa.

Todas las utopías, tanto las antiguas como las modernas, son otras tantas cosas que han desaparecido en el país de las últimas cosas. Nada se espera del mañana en él; tan solo se apuesta a sobrevivir hoy. Por eso se vive para no morir o para morir de una vez. Puesto que el hombre moderno transfirió su ser y el sentido de la vida a la posesión de las cosas, y al haber perdido su descendiente postmoderno las fantasías utópicas compensatorias con que aquel se engañaba, no es de extrañar que existir se haya vuelto un no morir ahora o un desesperado deseo de morir ya. De allí la frecuencia de los suicidios, las clínicas de eutanasia y los clubes de asesinato que, al

principio, llaman la atención de la narradora. En la ciudad llaman al suicidio “el último salto” (24) porque literalmente es así, lo cual no deja de ser sugestivo: morir saltando al vacío resulta la culminación lógica de una vida ya perdida en el vacío del sinsentido. En ese país sin arte, se pretende hacer del morir un arte. A falta de algo por lo que luchar y del coraje para intentarlo, se cultiva una rebeldía y una dignidad negativas. Los suicidas transforman en acción seudo-heroica su impotencia para ser héroes. Mejor dicho: para ser simplemente hombres. Una expresión más del tan mentado Yo débil propio del hombre postmoderno.

La narración homodiegética, a cargo de la protagonista Anna Blume contribuye a resaltar aun más el desamparo del individuo postmoderno. Para empezar, al no haber una narración exterior objetiva, se pone de manifiesto la dificultad para tomar distancia y tratar de manejar intelectualmente la situación. La condición de extranjera de la protagonista sugiere, en tal sentido, que las actitudes de vida y los fundamentos epistemológicos adquiridos (los heredados de la Modernidad) resultan inadecuados para enfrentar semejante experiencia. Ni el concepto de una realidad estable (“Cuando vives en la ciudad, aprendes a no dar nada por sentado”, 11; “Poco a poco, la ciudad te despoja de toda certeza, no hay ningún camino inmutable...”, 16), ni el sentido del tiempo y de la orientación (“¿Cuánto tiempo hace de aquello? Ya no puedo recordarlo...”, 12; “...hablando con franqueza, creo que he perdido el rumbo...”, 12), ni el hábito de la racionalidad (“Mi mente ya no es lo que solía ser. Ahora es más lenta, más perezosa, menos ágil y me agota profundizar hasta en el más simple pensamiento”, 50-51) le sirven de algo en medio de ese mundo desconcertante y hostil. Tampoco la memoria, en la que la Modernidad vio el fundamento de la identidad individual y colectiva y un instrumento imprescindible para proyectarse hacia el futuro a partir del conocimiento de los errores pasados. Por el contrario, se vuelve “una gran

trampa” (51), ya que la debilita al hacerla consciente “de remordimientos, de decisiones erradas, de equivocaciones irreversibles” (51), carentes de utilidad por cuanto tuvieron lugar en una situación radicalmente distinta de la que ahora enfrenta. El pasado ya no tiene nada que enseñar en el contexto de un tiempo que ya no es proceso, sino mera yuxtaposición de fragmentos que no conducen a nada ni parecen provenir de nada. Cuando lo único a lo que se aspira es a “tener la oportunidad de vivir un día más” (205), entonces quiere decir que el presente se ha vuelto un absoluto (un ínfimo y fugaz absoluto, valga el oxímoron) que se agota en sí mismo, sin proyección ni memoria. De allí el desarraigo y la ausencia de proyectos que caracteriza al hombre postmoderno. Vive el momento sin poder soldarlo con nada que sea anterior a él y no le interesa imaginar tampoco cómo será su continuación.

En un mundo donde cada quien va a lo suyo y no hay otra meta que sobrevivir (“Lo más importante es sobrevivir”, 43), para lo cual es mejor no pensar, porque cualquier distracción puede resultar fatal (“Tus ojos deben estar siempre abiertos...; pendientes de otros seres, en guardia ante lo imprevisible”, 15-16), no puede extrañar que el individuo no encuentre asidero existencial ni intelectual alguno. Como se vive para el momento, nada permanece más allá de él. “Pero aquí todo pasa tan rápido, los cambios son tan súbitos que lo que parece cierto en un momento determinado ya no lo es al siguiente” (37). No hay verdad ni conocimiento posible entonces. Recordemos que no sólo desaparecen las cosas, sino su recuerdo. Por lo tanto, ¿a partir de qué se puede construir el conocimiento?

Sin otra realidad que el instante, sin poder ni querer elaborar nada a partir de él (ni una concepción mínima siquiera que haga de la sucesión un proceso), ocupado tan solo en sintonizar eficazmente con el momento para volverlo productivo, por lo cual no hay otro modo de existencia que la inmediatez ni otro modo de ser que la instantaneidad (hombre postmoderno, simultaneidad es tu nombre) e irremediamente privado del otro, esa amenaza siempre inminente, los habitantes

del país de las últimas cosas no pueden ser otra cosa que suspicaces fantasmas. Si hay algo que nunca desaparece en ese país es la desconfianza hacia el otro. Y con ella, se puede sobrevivir, pero no ser. Por eso Anna confiesa a su anónimo narratario (muda representación de todos nosotros): “Para vivir es necesario morir” (32). A sí mismo, a los demás, a todo lo espiritual. Sólo es posible sobrevivir con los restos si uno se vuelve un desecho. El país de las últimas cosas es la “exitosa” culminación postmoderna de la modernidad consumista: ya no son las cosas, sino el hombre mismo quien se ha vuelto desechable. Tanto que hasta se aplica a sí mismo el eslogan “Úselo y tírelo” saltando una y otra vez al vacío. En realidad, lo que Auster nos presenta en esta novela es el país de la alienación última, consumada (a fuerza de consumir) y perfecta.

Por eso Anna, la extranjera, la moderna que viaja al país donde la Modernidad se ha consumido, se encuentra perdida y a punto de sucumbir, esto es, de integrarse plenamente a ella, de ser consumida. Privada de todos los asideros modernos (realidad, objetividad, temporalidad, historicidad, conocimiento, comunicación y utopías) pierde, como era de esperar, esa íntima seguridad en sí misma que ha sido una de las características de la humanidad moderna: “Crecí demasiado rápido para mi propio bien y nadie podía decirme nada que yo no supiera de antemano” (51). Esto es mucho más que un simple dato caracterizador del personaje. Nos remite a la arrogancia del hombre moderno convencido de que todo lo podía y, en el fondo, de que la Modernidad era el último estadio de la evolución humana (por algo le dimos nombre tan fugaz y relativo a nuestra época), de que por el hecho de superarse continuamente a sí misma nunca podría ser superada, dejada atrás.

El viaje de Anna al país de las últimas cosas en busca de su hermano William es mucho más que un desplazamiento espacial, es, metafóricamente, un viaje en el tiempo, hacia la anti-utopía de la Modernidad, hacia la realización anti-utópica latente en los mecanismos deshumanizados del progreso moderno. La involución humana como reverso de un progreso material tan excluyentemente orientado hacia el consumo que ha terminado siendo devorado por este. El futuro no es visto como la soñada superación del pasado, sino como retorno a él y a etapas bastante primitivas de él. El hecho de que el traslado se haya llevado a cabo en barco (29), medio de transporte poco representativo de la Modernidad, funciona como indicio de que ese viaje implica un esfuerzo por remontar el tiempo, por recuperar al hombre de las garras de su propio progreso degradado. Se trata de encontrar al hermano desaparecido (¿a lo humano que se ha perdido junto con las cosas en las que creyó hallarse?), esto es, de restablecer la unidad. La naturaleza humana (la mujer) parte al rescate del espíritu (el varón) enajenado, perdido en otro lugar. El solitario viaje por mar (sintomáticamente es la única pasajera) anticipa otras soledades más radicales, a la vez que representa el impulso de superar la escisión. Impulso del que se nutre la voluntad de reencuentro, irracionalmente decidida a surcar todas las objeciones (del narratario, del editor), a navegar todas las inquietudes con tal de alcanzar su propósito. La aventura de Anna es la objetivación simbólica del agónico esfuerzo del individuo moderno por reencontrarse consigo mismo. Tarea en la que está absolutamente solo (única pasajera), entre “el agua y el cielo” (29), entre su reclamo profundo de ser y su desamparo metafísico.

A diferencia de Dante, Anna no tiene guías. No hay ya ningún poder trascendente capaz de proporcionárselos. En consecuencia, no hay tampoco un orden eterno. Por el contrario, todo en la ciudad es cambiante y engañoso: “muy pocas cosas son lo que aparentan ser” (30). Ni siquiera existe la dirección que tenía de William: “Lo que no sabía era que la calle ya no estaba allí” (30). Dante no buscaba una dirección ni una persona; iba en pos de una significación absoluta y definitiva, en cuya existencia ya de antemano creía. Se consideraba, además, encarnación individual de la aventura de todos (“nuestra vida”). Aun antes de que apareciera Virgilio, no estaba solo: era el representante de la humanidad cristiana e iba tras lo que todos creían. Un individuo,

sí, pero doblemente trascendido y sustentado. Anna no se cree representante de nada ni de nadie, viaja a contracorriente del sentido común (cuyos voceros son el narratorio y el editor) y no va en pos de una significación compartida, sino lisa y llanamente de su hermano. Ni siquiera cuenta con la experiencia acumulada de quien está “a la mitad del camino”: tiene 19 años (54) y pronto debe renunciar también a hacer preguntas para evitar riesgos: “Con el tiempo descubrí que hay ciertas cosas que no se preguntan, que incluso aquí hay temas que nadie quiere discutir” (34). La actitud indagatoria propia del hombre moderno no es bien vista en la Postmodernidad. El país de las últimas cosas es también, ¿qué duda cabe?, el cementerio de la Ilustración.

No hay guías tampoco porque en ese mundo no existe un conocimiento previo y superior que revelar. Y el que se intenta obtener desde afuera es un mero reportaje (el que fue a realizar William), esto es, desde una perspectiva simbólica, un pobre remedo de conocimiento, un saber acotado, superficial y fáctico. Ese reportaje jamás recibido (salvo unos “pocos informes breves”, 40) es la representación textual de la bancarrota del conocimiento moderno vista desde la Postmodernidad, para la que resulta a todas luces insuficiente. No sólo no es posible alcanzar un saber que abarque la totalidad del mundo (el reportaje no llegó porque William, tal vez, ni siquiera pudo realizarlo o completarlo), como los ilustrados y su heredero, el cientificismo decimonónico, creían, sino que además quizás ni siquiera resulte comunicable (tal vez hizo el reportaje, pero no pudo enviarlo). En este sentido, William puede ser considerado como el exacto reverso moderno de Dante personaje. Pasa al otro lado y no vuelve. No hay mensaje. No hay verdad o, si la hay, no es comunicable.

A su vez, el “trasmundo terrenal” funciona como un espacio sagrado invertido: no es un centro de significación, sino el vacío de ella. De la divinidad dispensadora del sentido no queda más que un gobierno despreciable, ocupado únicamente de recoger la basura y los muertos que, como ya vimos, son tan solo otra forma de basura. Un viaje de liberación y purificación como el que realiza Dante por el Más Allá cristiano no es posible en semejante mundo al punto que, una vez que Anna penetra en él, se convierte en su prisionera y se contamina de impotencia, desmemoria e indiferencia (“sólo puedes sobrevivir si aprendes a prescindir de todo”, 16). No en vano, sintomáticamente, quien fue a buscar a su hermano acaba como “traperera”, buscando objetos. Alienación, degradación, despersonalización. Estas son las tres “fieras” que acechan en el país de las últimas cosas, tres fieras que no atacan, sino que se infiltran, para devorar desde adentro. Y Anna está a punto de “perderse” a causa de ellas, de perderse como ser humano, de abandonar por el camino su identidad y convertirse en una de las tantas mónadas insolidarias que habitan la ciudad: “no me mezclaba con otros traperos ni hacía ningún esfuerzo por hacer amigos” (50). Y, sin el otro, no es posible seguir siendo uno mismo. La prueba está en que ignoramos su nombre hasta la página 73, es decir, durante todo el primer tercio de la novela. Sólo cuando se vincula a Isabel es mencionado su nombre y, precisamente, por dicho personaje. Lo que la hace ser es el reconocimiento del otro. Habrá que esperar hasta algo más allá de la mitad del relato para enterarnos de su apellido: Blume (114). Por primera vez, dice ella su nombre completo y esto ocurre cuando encuentra a Samuel Farr, el colega de su hermano, que también había venido, antes que ella, a buscarlo. En este caso, es la necesidad del otro, de ser admitida por el otro, la que la lleva a asumir su identidad. Decir quién es, identificarse, es un modo de instaurar el propio ser, de hacer nacer (o renacer) a Anna Blume de la traperera sonámbula en la que, casi desde que llegó, se dedicó a sobrevivir sin ser.

Ser uno mismo constituye una provocación en ese mundo de fantasmas y puede acarrear consecuencias muy desagradables. De allí que, por consejo de Isabel, Anna acepte a regañadientes cortarse el pelo, con todas las implicancias simbólicas que ello tiene: pérdida de energía vital, de voluntad combativa, de riqueza espiritual, de capacidad creadora. Felizmente para Anna, cuando hace eso ya ha encontrado a

Isabel, por lo que esas terribles consecuencias resultan atenuadas. Con ella recupera la necesidad del otro y de entregarse a él: “una súbita sensación de piedad, una necesidad estúpida de hacerme cargo de esta mujer” (59). Si bien todavía asoma la fría perspectiva utilitaria del sentido común (“necesidad estúpida”), esta ya nada puede contra el sentimiento de responsabilidad por el otro, que es un modo de dar sentido al propio ser, así como de afirmarlo en la medida en que se atreve a trascenderlo.

Por eso, cuando Isabel muera, en lugar de desmoronarse, estará en condiciones de hacerse cargo de sí misma: “Una parte de mi vida se acababa y ahora tenía la oportunidad de empezar de nuevo, de tomar mi vida en mis propias manos y hacer algo con ella” (96-97). La fase más sombría de la alienación ha terminado. El encuentro con el otro le permitió volver a tomar posesión de sí misma. De allí que la muerte de Isabel se transforme en un mandato de vida, y de vida a su manera, no de supervivencia según exige el entorno. Por algo, Anna deja de ser traperera, de buscar objetos, porque ahora es dueña de sí. Por algo también, intenta dejar el país, retornar a su origen.

No es casualidad tampoco que, luego de la muerte de Isabel, Anna empiece a escribir su relato en la misma libreta azul que utilizó para intercambiar mensajes con ella en los últimos días de su enfermedad: “porque ella se quedó sin palabras, estas otras palabras brotan de mí” (93). Si gracias a Isabel se recuperó a sí misma, ahora debe escribir para que Isabel siga siendo a través de sus palabras. Al re-anudar los lazos con el otro, Anna redescubrió la continuidad de lo humano y por eso tiene ahora una historia que contar. La narración empieza cuando la historia renace, cuando la mera yuxtaposición se vuelve proceso. Porque reencontró al otro, puede escribir para otro. Y empezar a vivir no para el momento, sino para **otro** momento, el que cerrará el proceso y le dará sentido: el de la lectura. Se es con el otro y se significa por y para el otro. Anna ha decidido, sin saberlo, que el país de las últimas cosas no sea también el de las últimas palabras. Quizás sean las últimas tuyas, pero si logra enviar el mensaje nunca serán las últimas, porque se volverán palabras de otro (el narratorio), de otros (nosotros).

Mediante la narración, Anna deja de ser simple personaje alienado en el momento, desintegrado a cada momento. Por el contrario, se adueña de la experiencia, se hace consciente de ella y de sí misma, le imprime un orden (libreta azul, el color del cielo y, por lo tanto, del intelecto), transforma la discontinuidad en historia, el azar en mensaje. En un país estéril (“Ya no nacen más niños...”, 144), crea. Y si bien pierde el niño que engendró con Farr (no hay redención para ese mundo), demostró que es capaz de superar las distancias que el egoísmo alienado establece con el otro (recordemos que el apellido del personaje suena igual, en inglés, que la palabra “far”, lejos).

Al final de la novela no sabemos si el personaje logró retornar. Pero sí hemos recibido su mensaje y en eso radica su costosa victoria (la dignidad siempre es costosa, por eso no es bienvenida en la sociedad de consumo, que la considera gasto; así nos va). Al convertirse en narradora, Anna restableció la unidad que había ido a buscar entre vivencia (personaje) y conciencia (narrador). El texto es su hijo. Y es también la demostración más acabada de la indómita condición del ser humano. Porque en el país de las últimas cosas, Anna fue capaz de decir la última palabra.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

